

EL CONOCIMIENTO SOBRE EL DOLOR HUMANO

Gerónimo ACEVEDO

Resumen

Una cosa es tener datos y otra muy diferente conocer. El conocimiento implica saber qué hacer con la información. Conocer es organizar buscando el sentido. La comprensión humana sobrepasa la explicación; es inter-personal, necesita apertura -sentir con el otro-, simpatía y generosidad. El ser humano es un ser inacabado, que siendo tiene que llegar a ser y el dolor es constituyente de este proceso vital. El dolor humano es un “universal situado y en situación”, un existencial humano. Nuestra mirada sobre el dolor cambia si, a pesar del sufrimiento, buscamos el sentido. El significado del dolor siempre permanece abierto a diversas búsquedas personales y sociales. Contiene zonas de misterio donde es imposible hallar respuestas seguras. Sus significados deben dejar, espacios no sólo para lo que conocemos y llegaremos a conocer, sino también para lo que permanece y permanecerá desconocido.

Abstract

Knowledge of human pain

One thing is to have data, and a very different one is to know. Knowledge entails to know what to do with information. To know means to organize the search toward a meaning. Human understanding surpasses explanation; it is inter-personal, needs openness -to feel with the other-, friendliness and generosity. The human being is an unfinished being, one who been has yet to become. Pain is part of this living process. Human pain is a “situated and situational universal”, a human existential. Our perception of pain changes if we look for purpose despite suffering. The

meaning of pain always remains open to diverse personal and social strivings. It contains mysterious zones where it is impossible to find definitive answers. Its meanings must leave room not only for what we know and what we will come to know, but also for what remains and will re-main unknown.

Palabras clave: conocimiento, dolor.

Key words: knowledge, pain.

Una cosa es tener datos y otra muy diferente es conocer

El conocimiento no es sólo acumulación de información, consideración de circunstancias, cantidad de detalles, enumeración de datos. Los datos que no se vinculan no sirven para un conocimiento operativo.

El momento del análisis y de la distinción es necesario, pero insuficiente, quien no ve las inter-retroacciones y las intercomunicaciones no ve lo esencial, no comprende lo que une ciertas fenomenologías.

Conocer es saber **qué hacer** con la información, es separar y unir; distinguir e implicar; relacionar y articular, no sólo analizar y distinguir. Es organizar buscando el sentido.

Formas de comprensión:

1. Comprender intelectualmente significa aprehender en conjunto (el texto y su contexto, las partes y el todo, lo múltiple y lo individual). La comprensión intelectual u objetiva pasa por la inteligibilidad. Explicar es considerar lo que hay que conocer como objeto y aplicarle todos los medios objetivos de conocimiento. La explicación es obviamente necesaria para la comprensión intelectual u objetiva.

El dolor humano no puede ser conocido por esta forma de comprensión, para su conocimiento real es necesaria la comprensión inter-personal.

2. La comprensión humana inter-personal.

La comprensión humana sobrepasa la explicación. Comporta un conocimiento de sujeto a sujeto. Si veo a un niño llorando, lo voy a comprender sin medir el grado de salinidad de sus lágrimas, lo voy a hacer íntimo conmigo, me identifico con él.

Las personas se perciben no sólo objetivamente, sino, un *ego alter* que se vuelve *alter ego*. Comprender incluye necesariamente un pro-

ceso de empatía, de identificación y de proyección, siempre inter-personal, la comprensión necesita apertura -sentir con el otro-, simpatía, y generosidad.

El ser humano es un ser inacabado, que siendo tiene que llegar a ser y el dolor es constituyente de este proceso vital.

El sufriente no es simplemente un “cuerpo”, ni siquiera un simple “ser viviente”.

Es una persona, es decir, un ser dotado de espiritualidad, inteligencia, concepto de sí mismo y del mundo, con un proyecto de vida y con una responsabilidad frente a su propio destino y el de su entorno, “ecodulía”. “Al niño lo educan el aire, la luz, la vida de las plantas y de los animales, la ecología en su sentido de ecodulía (respeto por la naturaleza), pero también la relación interhumana, intercambio y reciprocidad del don y el perdón de los demás” (Carlos Díaz, 2002, p. 111).

El dolor viviente, no es la avería de una máquina, de ahí la necesidad de ocuparse de las distintas dimensiones del dolor humano.

Pues una cosa es pretender entender una enfermedad y otra muy distinta es tratar a un paciente.

Él mismo debe poder desacoplarse dimensionalmente de su enfermedad. Se comprende a la persona como **una unidad en la multiplicidad**. Se puede relacionar esta comprensión con los principios del físico Niels Bohr: el de preponderancia, por el cual en determinada situación, puede predominar un estrato por sobre otro, y el de complementariedad, por el cual, a pesar de que predomine uno de ellos, los demás siguen cumpliendo su función, porque **constituyen en sí mismo una unidad**.

La pregunta por el dolor viviente siempre nos conduce al tratamiento fenomenológico de la pregunta:

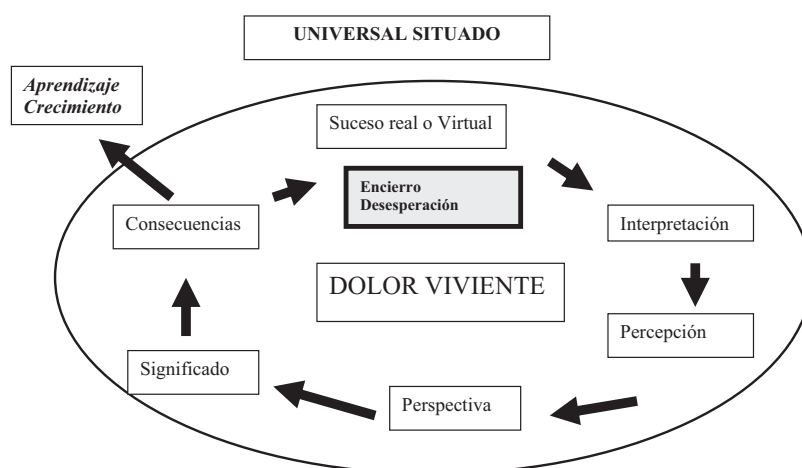
- ¿Quién hace la pregunta?
- ¿Quién la contesta?
- ¿Cómo?

El dolor humano es un universal situado y en situación, una “ecología subjetiva”. Es universal porque el dolor está presente en todos los seres humanos, hay mecanismos universales de producción del dolor. Es situado, porque ningún ser humano es igual a otro; parafraseando a

Viktor Frankl, si tratamos a dos pacientes de igual forma, de una cosa podemos estar seguros, a uno lo estamos tratando mal. En cada situación cada uno es un 'siendo' y la situación histórica cambia permanentemente, nadie se puede bañar dos veces en el mismo río, o como diría Heráclito, **no existe nada permanente, a excepción del cambio.**

El dolor viviente es una “ecología subjetiva”: un suceso real o virtual que es interpretado por cada persona se convierte en un acontecimiento, algo le acontece a ese ser humano, es vivenciado. Desde esta vivencia personal única e irrepetible, ese acontecimiento puede seguir distintos caminos: convertirse en el maestro interior generando aprendizaje y crecimiento o paralizar a la persona en su existencia produciendo encierro y desesperación.

Figura 1



Toda percepción es vista desde una perspectiva; podríamos decir desde una percepción de la percepción; un a priori conceptual, un presupuesto de cada uno de los procesos mentales que tiene como función pre-configurar, pre-condicionar la percepción misma.

El dolor viviente es un “universal más un particular”.

El dolor humano puede interpretarse de varias maneras:

A- Carente de todo significado.

B- Asignarle un significado (castigo, culpa personal o colectiva)

C- Buscar el sentido (el dolor es un amigo del hombre que cumple funciones tristes).

Distintas implicaciones tiene concebir el dolor como un enemigo que debe y puede erradicarse de la vida, que debe ser conocido y eliminado, generando una actitud bélica de conquista del dolor. Nos encontraríamos en una moderna torre de Babel que llevará a un doble fracaso, el del hombre doliente y el del guerrero iconoclasta que trata de eliminarlo.

Si en cambio se comprende el dolor como una realidad que incluye enigma y misterio, se puede emprender el camino de la búsqueda de sentido.

Los velos que rodean el dolor no entrañan sólo unos pocos hechos faltantes que oscurecen una comprensión científica. En cierto sentido, el velo es lo que hace visible el misterio, da presencia o apariencia a lo desconocido. Un misterio, no es algo para ser resuelto. Ante él, es necesario apelar a la sabiduría: “*La sabiduría, en efecto, se puede definir como un saber acompañado de la conciencia de los límites de ese saber*” (Frankl, 1987, p. 42.)

El mayor aporte de conocimiento del siglo XX fue el reconocer los límites del conocimiento. La mayor certidumbre que nos ha dado es la imposibilidad de eliminar lo incierto, no sólo en la acción, sino en el propio conocimiento.

El dolor tiene algunas características universales y otras personales. El sentido también es un universal más un particular “un ya pero todavía no” personal; lo tengo que descubrir a través de la búsqueda, sentirlo en una vivencia y realizarlo en la existencia. El “ya” sería un universal y se le añade un particular, el “todavía no”.

Pero lo tengo que descubrir en el “ya”. El “todavía no” se refiere a lo que todavía no he descubierto (mi límite y mi esperanza), es algo que existe dentro del cambiante proceso de la cultura humana y de la mente individual. Por lo tanto, nunca se lo puede apartar de la situación existencial de cada ser humano.

Figura 2



No hay maestro interior que no desemboque en magisterio hacia el exterior, con la capacidad de promover círculos virtuosos y ese es también el verdadero sentido de la acción

El significado del dolor siempre permanece abierto a diversas búsquedas personales y sociales. Contiene zonas de misterio donde es imposible hallar respuestas seguras. Sus significados deben dejar espacios no sólo para lo que conocemos y llegaremos a conocer, sino también para lo que permanece y permanecerá desconocido.

El problema no es el problema, sino el lugar que ocupa en nuestra existencia. El significado se subordina más del lado de la perspectiva que del suceso. Las consecuencias que produce una situación dolorosa en el ser humano depende de que este se reconozca interrogado por la vida, perciba lo diferente, descubra la inclusión del límite en su vida y a partir de ésta inclusión que se convierta en la conciencia del límite, o se evada e intente su negación.

En *'La Muerte de Iván Illich'*, Tolstoi muestra que en el dolor humano se articula lo personal con el imaginario colectivo y el sentir de la vida social. Iván es un abogado normal que llegó a ser un magistrado exitoso, ganaba buen dinero, tenía una esposa muy bella e hijos sin problemas, llevaba una vida placentera, se muda a su nueva casa y subiendo una escalera se cae y golpea un costado generando un dolor intenso que

Iván le quita importancia (etapa de negación) ocupado en sus cosas cotidianas que le habían permitido poseer esa posición (poseedor poseído), el dolor genera nuevos inconvenientes, comienza a preocuparse, se vuelve irritable (etapa de ira).

Los alaridos que acompañan el descenso de Iván Illich hacia la muerte manifiestan también, en otro registro, su lucha por retener alguna creencia en el valor de su existencia secular, centrada, vulgar, burguesa, nos inspira a interpretar su dolorosa lucha final como un proceso personal de despertar espiritual. Describiendo a un Iván finalmente en paz con su dolor, con un auto-distanciamiento que insinúa el logro antropológico existencial (etapa de aceptación).

Cualitativamente ningún instante es igual a otro instante, sobre cada uno de ellos gravitan todos los instantes pasados y cada uno de ellos está grávido de posibilidades futuras y abierto a una libertad relativamente ilimitada.

Reconocemos un dolor que no es sencillamente un hecho biológico, sino que está impregnado de significado social y religioso. El significado del dolor, conforme desarrolla su historia, se expande más allá de una unión simbólica con la muerte. Nos muestra con claridad cómo el dolor continúa cambiando con el tiempo, no constituye una entidad única, simple y unívoca, es substancialmente cambiante y continúa moviéndose entre los polos de lo carente de significado y de lo significativo, incluso mientras su significado sigue cambiando. Los significados variables del dolor no terminan con la aterradora revelación de su lazo con la muerte.

Después de tres días de gritos y de lucha, experimenta una gran calma; su relación con el dolor vuelve a cambiar una vez más, pasa a través del dolor a un estado de alerta espiritual.

Después de este despertar sigue consciente del dolor -que no ha desaparecido-, pero ahora ya no lo domina, no lo abrumba. Se puede dirigir al dolor como quien se dirige a un viejo adversario al que se ha absuelto hace mucho:

- ¿Y el dolor? -se pregunta a sí mismo-. ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde estás dolor?

Vuelve a ocuparse de él.

- Sí, aquí está. Y bien, ¿qué hay con ello? Dejemos que siga.

El dolor está exento de terrores. Su dolor, es simple dolor.

En una secuencia circular el dolor, que empieza en la carencia de significado y más tarde manifiesta su lazo simbólico con la muerte, termina finalmente reposando en la falta de significado. Sin embargo esos dos tipos de insignificancia son profundamente distintos. La despreocupación por el dolor que siente al final, señala el logro de una visión espiritual, trascendente en el cual la vida parece muy diferente a lo que parecía en su época de competitividad por una carrera y ascenso social. Llegado al término mismo de su vida, asciende sorprendentemente a una altura trascendente, desde la cual contempla su dolor -terrible, agónico, terminal- como algo verdaderamente intrascendente. La *comprensión* final de su dolor (la aceptación de su lugar y significado en su vida) es su acto más profundo. Es un acto de comprensión.

El dolor parece una experiencia fundamentalmente solitaria, nunca estamos más solos que cuando nos invade un dolor grave. Sin embargo es importante reconocer que el dolor es también profundamente social. El dolor que sentimos se construye en gran parte, con la cultura en la cual, en el dolor, nos sentimos excluidos o apartados.

“El hombre como tal está siempre del otro lado de las necesidades, si bien también de este lado de las posibilidades” (Frankl, 1990, p. 93), se puede agregar más allá de sus condicionamientos y de este lado de sus posibilidades.

El dolor como existencial humano

Primero: el dolor es un constituyente ineludible de nuestra vida; pertenece a lo que Frankl denomina la tríada trágica: sufrimiento, culpa y muerte.

Segundo: es necesario reconocer que existen dolores evitables y dolores inevitables; frente a los primeros, tenemos que intentar evitarlos; frente a los segundos, tenemos que buscar el sentido.

Tercero: hay dolores necesarios (útiles) y dolores innecesarios (inútiles)

Cuarto: el dolor crónico constituye una crisis inmensa, invisible, en el centro mismo de la vida contemporánea.

Quinto: la interpretación del enfermar humano de la medicina tradicional, desde una visión del mundo médico-científica (reduccionista) que impregna nuestra cultura, nos ha llevado a entender equivocadamente el dolor como una mera sensación, un síntoma, un problema bioquímico, y no como una experiencia personal.

La enfermedad no es solamente un problema bioquímico, una alteración de la biología o un trauma psíquico de un sujeto, sino una experiencia que conmueve al ser humano en su totalidad de ser en el mundo.

Sexto: Nuestra crisis actual es en gran parte un dilema que han creado y sostenido los fracasos de esta lectura médica tradicional del dolor impregnado de materialismo.

Séptimo: si recuperamos la capacidad de reconocer su multidimensionalidad, asumimos los límites y la responsabilidad en la comprensión del dolor, podemos recuperar el poder de aliviarlo.

Octavo: ¿Es posible imaginarse la influencia de lo psíquico sobre lo físico? Al respecto, Viktor Frankl (1988) dice: “En la dimensión de lo fisiológico, el sistema nervioso es un sistema cerrado en sí que no deja ver la posibilidad de que lo psíquico intervenga; pero en la dimensión superior más próxima, en la de la psicología, se comprueba que el sistema nervioso no está cerrado en sí. También un círculo cerrado, no observado sobre un plano pero sí en el espacio, puede resultar un vaso abierto. El cerramiento de un sistema en una dimensión determinada es muy compatible con una apertura en la dimensión superior y con la influencia que fluye desde esta dimensión” (p.125).

Noveno: El dolor viviente es un “universal más un particular”.

Décimo: Es una posibilidad de actualizar potencialidades, puede convertirse en el punto de partida de conductas resilientes, la resiliencia y el dolor viviente son acontecimientos que pertenecen a la experiencia coti-

diana común, ambos nos interrogan y cambian el eje sobre el cual estamos habituados a pensar los temas de la vida, de salud y sus soluciones

Relación entre resiliencia y dolor viviente

El dolor viviente y la “Resiliencia” evocan desde el inicio la idea preponderancia y complementariedad, esto nos lleva a la de complejidad e integración.

La complejidad de los procesos reales y virtuales en que se desenvuelve la vida evidencia la dimensionalidad bio-psico-espiritual.

La integración de esos niveles, que la "ciencia" separa para su conocimiento, sólo tienen un lugar en la existencia integrada de la experiencia del hombre con el mundo.

La salud y enfermedad son los extremos opuestos de un proceso existencial y la resiliencia un potencial dinámico saludable que se manifiesta en las distintas dimensiones humanas a través de la posibilidad de vivir respondiendo a las necesidades biológicas, psicológicas, existenciales. Implica la posibilidad de escribir la propia historia vital en la familia, el trabajo y la comunidad, la posibilidad de escuchar y escucharse, la posibilidad de expresar lo no dicho en el diálogo y la relación, la posibilidad de sentirse querido y querer, privilegiando el encuentro con otro, la posibilidad de transformar y transformarse, la posibilidad de comprometerse, de participar y sentirse participando, la posibilidad de establecer vínculos afectivos y solidarios y la búsqueda de sentido en un plan de vida, incluido en un proyecto familiar y social.

La resiliencia no puede ni debe ser vista sólo como un medio adaptativo, con un criterio de homeostasis y de supervivencia individual o grupal, es una respuesta frente a situaciones externas, es la capacidad de mantenerse integrado a pesar de la adversidad y buscar un desarrollo con sentido de acuerdo con su consciencia y con las metas de la propia cultura y como actores sociales frente a otras.

No es que haya personas más fuertes que otras, sino personas que han podido entretener este diálogo con el otro. Nuestra mirada sobre el dolor cambia si, a pesar del sufrimiento, buscamos el sentido.

El enfoque de resiliencia puede aportar significativamente al cultivo de una esperanza realista, porque sin negar los problemas, centra la atención en las fuerzas y potencial humano que se pueden acrecentar. La esperanza real no es una vía de escape, sino que descubre un potencial valioso existente pero escondido a una mirada superficial y pesimista del valor humano. Este potencial está también en los espacios de crecimiento de los seres humanos: familia, amigos, sociedades, países. Actualizar las potencias del espíritu articulándolos con la resiliencia comunitaria, partiendo de la centralidad, unicidad y libertad de la persona, se da en el proceso de desarrollo de conductas resilientes como lo son enfrentar, aceptar, responder, buscar sentido.

Es fundamental establecer una distinción, entre la noción de individuo y la de persona. El término 'individuo' se aplica a una entidad cuya unidad, aunque compleja, **es definible negativamente**: algo, o alguien, es individuo cuando **no es otro individuo**. La palabra 'persona' se aplica a una entidad cuya unidad es definible positivamente y, además, con “elementos” procedentes de sí misma (lo decidido). El individuo (si se trata del ser humano) es una entidad psico-física; la persona es una entidad fundada, en una realidad psicofísica, **pero no reductible enteramente, a ella**. El individuo está determinado, la persona esta condicionada, pero no determinada, es libre.

La contraposición entre lo determinado y lo libre como contraposición entre el individuo y la persona se pone en evidencia en el antagonismo noético facultativo que remarca la importancia de “lo ético” en la constitución de la persona.

Gerónimo ACEVEDO es Doctor en Medicina y Vicepresidente de la Fundación Argentina de Logoterapia. gacevedo@intramed.net.ar

Bibliografía

Acevedo, G. (1996). *El modo humano de Enfermar*. Buenos Aires: Fundación Argentina de Logoterapia.

Díaz, C. (2002). *Treinta Nombres propios*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier.

Frankl, V. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. (1988). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.

Frankl, V. (1990). *Logoterapia y análisis existencial*. Barcelona: Herder.

Morris, D. (1993). *La cultura del dolor*. Santiago de Chile: Andrés Bello